

# El arte de compartir

Roberto Morote Ferrer  
Fotografía de Rosa Pérez



Jaime López Coscolla, antes del concierto, explicando al público algunas de las guías melódicas con las que acompaña al piano la proyección de la película *La quimera del oro*.

Qué mejor plan para un domingo por la noche que una buena peli. Y qué difícil resulta elegir película entre semejante catálogo de posibilidades. El cine —y la manera de consumirlo— ha evolucionado mucho en sus 128 años de historia. Quizá para una mosca que, bajo unas condiciones óptimas, vive 28 días, un siglo es mucho tiempo. Para un arte, 128 años no es nada.

La cinematografía, el registro de imágenes en movimiento, nació en 1895 sin más pretensión que la mera exposición y tan solo 50 años después Alfred Hitchcock estaba rodando *La sogá* (1948) mientras un ejemplar de *mosca sapiens* volaba por el estudio. El cine no solo se había convertido en un arte —el séptimo— con un lenguaje propio, sino, también, en una industria. Para ello, la cinematografía se apoyó en otras artes como la escritura, la pintura o la música. Con esta última contó ya desde su nacimiento —el kinetófono de Edison data de 1895—, el problema es que había que ver la película con cascos. Y el cine no es una experiencia individual. Por mucho que nos esforcemos, no es ver una peli en casa bajo un bol de palomitas ahuyentando *moscas impertinentus*. El cine es un ritual multitudinario que, al compartirlo, completa la experiencia de la propia película.

El pasado 21 de octubre tuvimos la oportunidad de vivir la experiencia simbiótica del cine y de la música en directo con una multitud que llenó el salón de actos de la Casa de Cultura Eloy Fernández Clemente, en Andorra. Se trataba de la segunda edición de *Un piano de cine*, el ciclo que organiza el CELAN en colaboración con CulTurAndorra y la Concejalía de Juventud.

Como en la primera edición, las manos de Jaime López Coscolla volvieron a interpretar la música para una mítica película del cine mudo que, en esta ocasión, se trató de *La quimera del oro*, de Charles Chaplin. Antes de sentarse al piano, López nos advirtió: “Esto que va a suceder nunca se va a repetir”. Se refería a que él no interpreta dos veces igual la banda sonora. Tiene unas guías melódicas y rítmicas —dentro de la misma tonalidad, eso sí— sobre las cuales improvisa. Una melodía bonita para cuando aparezca la mujer protagonista. Un ritmo alegre para Chaplin. O una especie de *ragtime* para ambientar la escena en un salón. La única escena que tenía preparada es la del famoso baile de los panecillos: “En este caso, la sincronía es muy importante y por eso tengo que tenerla bien ensayada”.

La relación entre la imagen y la música que López creó en directo fue maravillosa. Una experiencia inmersiva que poco se pareció a la que sentí cuando la vi en mi casa por primera vez. Las carcajadas perpetuas que había en la sala eran contagiosas ya desde que aparece Charlot con sus grandes zapatos y su bastón caminando por el borde de un acantilado o, más adelante, cuando se come su propia bota. Salimos con una sonrisa compartida difícil de encontrar en otras circunstancias. La fluidez de López cambiando de melodía o de ritmo me mantuvo absorto. Chaplin, como genio del humor, medía muy bien los tiempos, pero hay que ser un gran pianista para mantener ese nivel musical durante los 95 minutos que duró la proyección. Ya lo hizo en la edición anterior sobre *El maquinista de la General* de Buster Keaton. Lo volvió a hacer este año. Y espero que vuelva el año que viene porque repetir, nunca se va a repetir.